

La oración en los comienzos de la Iglesia

Tertuliano, un autor eclesiástico de finales del siglo II, escribe en uno de los primeros tratados sobre la oración que «sólo la oración vence a Dios» (De oratione 29, 2). ¡Es una frase provocadora! Pero ya en el Antiguo Testamento, el Libro del Eclesiástico nos dice que «la oración del humilde atraviesa las nubes y no descansa mientras no llega a su destino» (Ecl 35,17). En efecto, la oración no es sólo un ejercicio voluntario, es un don de Dios, como nos recuerda Evagrio Póntico en un tratado cristiano sobre la oración escrito en el siglo IV: «Si quieres orar, necesitas a Dios, que da la oración al que ora» (De oratione 58). La oración es un don de Dios que hay que cultivar.

Cuando rezamos, no estamos solos. Aunque recemos individualmente en nuestra habitación, en una iglesia, con [Click To Pray](#) por ejemplo, siempre estamos en comunión unos con otros. Cipriano, obispo de Cartago del siglo III, afirma que la oración cristiana es a la vez espiritual, cristológica -es decir, capaz de desprendernos de nosotros mismos para permanecer en Cristo- y eclesial. Cuando elevamos nuestro corazón a Dios, permanecemos en unión con la vida de Cristo y entramos en comunión orante con la Iglesia que ora. Entramos, decimos hoy, en una plataforma mundial de oración.

Juan Casiano, maestro de oración del siglo V, nos dice que es posible alcanzar un «estado de oración» cuando ésta alimenta nuestra vida interior y la orienta hacia Dios. Para conseguirlo, debemos seguir un camino que requiere disciplina y dedicación. No siempre es fácil y obvio encontrar una manera de rezar. Pero la perseverancia en la oración siempre da fruto. Es también este autor quien advierte en sus Conferencias que, «en la vida espiritual, no progresar es retroceder» (Conlationes VI, 14). Para ello, recurre a la imagen de una barca que debe esforzarse por vencer la poderosa corriente del río mediante el uso incesante de los remos si quiere alcanzar su curso superior; si se deja llevar, la corriente la arrastra hacia la parte baja del río y se queda lejos de la fuente. De ahí que «ninguna virtud se conquista sin esfuerzo» (Conlationes VII, 6).

Pidamos al Señor el don de la oración para orar sin cesar, como hacía San Pablo (cf. 1 Ts 5, 17), para que nuestro corazón esté en sintonía con el Corazón de Jesús.

António Sant'Ana SJ
Director RMOP Portugal

Pidamos al Señor el don de la oración para orar sin cesar, para que nuestro corazón esté en sintonía con el de Jesús



Consejos para tu oración

*¿Es preferible rezar diez minutos al día a hacerlo diez horas seguidas una vez al mes!
¿Por qué es tan importante establecer la duración de tu oración? Si no lo haces, permanecerás rezando por tu propio gusto y dejarás de hacerlo cuando no sientas nada. Establecer un inicio y un fin, te ayudará a permanecer en la oración por amor, gratuitamente para el Señor.*